EL ESPIRITUALISMO POETICO DE LEOPOLDO DE LA ROSA

Escribe: NESTOR MADRID-MALO

La muerte de Leopoldo de la Rosa —acaecida hace poco en México— repropone y actualiza el tema de su admirable poesía y de su extraña personalidad, supérstite por tantos años a la época de su mayor producción lírica y al ámbito cronológico de su propia generación. De lo primero trataremos largamente en el curso de estas notas. De lo segundo, bastará decir que por más de cuarenta años llevó en tierras del Anahuac una existencia entre bohemia y anacoreta, salpicada de episodios y anécdotas que, de ser recogidos y glosados, darían pie para una biografía más que singular, donde lo trágico y lo cómico se entrecruzarían quijotescamente. Nacido en Panamá el 26 de noviembre de 1888, fue traído apenas balbuceante a Barranquilla —solar de su familia—, donde alcanzó a transcurrir su primera juventud y algo de sus años de ya formado hombre e intelectual consagrado. Tras un viaje a México, vuelve a su ciudad, que en esa época —allá por los años veinte— era sede de un movimiento intelectual sin precedentes. Escritores, periodistas, poetas de la Costa y del resto del país coinciden allí por entonces, alrededor de la revista "Voces" y del diario "La Nación". Allí conoció Leopoldo a Porfirio Barba-Jacob, con quien sostendría a partir de esa época una amistad llena de intermitencias. Mas nunca regresó el poeta a su tierra costeña, donde ahora sus cenizas —por expreso deseo suyo— han encontrado por fin ardoroso abrazo entre sus arenas. Sin embargo, la nostalgia barranquillera no debió abandonarlo un instante, como lo revela en aquel "Nocturno XX" cuando escribe:

"¡Mi ciudad¡ !Mi ciudad!... Cómo en tí reposara
esta fiebre angustiosa y este incierto vagar,
y en la plácida sombra de tus torres dejara
el pavor anheloso de este nunca llegar...!
. . . . . .
Mi ciudad: Yo sería por tus calles dormidas
un insomne, sereno, familiar pensamiento,
y en tus frescas ventanas, de buen sol enlucidas,
tu fraterno y seguro corazón un momento..."

De la poesía de Leopoldo de la Rosa se ha hablado mucho en estos últimos veinte años. Sobre todo a partir de la publicación que el Departa-

Digitalizado por la Biblioteca Luis Ángel Arango del Banco de la República, Colombia.

mento del Atlático hizo —como homenaje a su más grande valor poético— de un sector de su obra, merced a la edición del único libro suyo que pudo ver la luz, el titulado "Poemas" (Barranquilla, 1945). Apareció este en la ya extinta "Biblioteca de Escritores Costeños", con un enjundioso prólogo de Bernardo Restrepo Maya, que sigue siendo de lo mejor que ha escrito sobre Leopoldo. Mas, fuera de eso y de cualquier otra cosa bien expresada, hay razones para considerar —por el tono y el sentido de lo que al respecto se ha dicho— que no siempre tales juicios han sido precedidos de una atenta lectura de aquella obra, que recoge, como se ha dicho, apenas una parte de su poesía: la anterior a 1920. En efecto, los originales mecanografiados que sirvieron de base para esa edición —y que fueron enviados a México para que el poeta los corrigiera— estaban desde muchos años atrás en poder de una persona de su familia. No obstante, esa bella publicación —con excelentes dibujos de Ignacio Gómez Jaramillo— sirvió entonces para revelarnos a un desconocido valor lírico de Colombia. Y también, en cierto modo, para despejar algunas incógnitas y definir ciertas cuestiones acerca de su exacta calidad poética y de sus pretendidos nexos con la obra de Barba-Jacob. Pues su condición de poeta ignorado, o conocido solo fragmentariamente, había engendrado toda una serie de suposiciones estéticas al respecto, que así pudieron ser despejadas en forma definitiva.

Quien se interne por los territorios estéticos de Leopoldo de la Rosa, deberá hacerlo muy despacio y por etapas. Pues solo así podrá ir encontrando, descubriendo el contenido lírico, el subfondo casi onírico de este poeta extrañamente simbólico y casi cabalístico. Pues la revelación del contenido esotérico de su magia poética solo se logrará mediante una especie de iniciación, de lento tránsito preparador, que al principio provoca una especie de desconcierto, de desaliento a quien lo aborda por primera vez. Pero que al mismo tiempo —para quien sepa perseverar— será el estímulo primordial para internarse en sus misteriosos recintos, en las espirituales oquedades donde solo habita su alma, que es —él mismo lo ha dicho— "un castillo solitario que recorre un fantasma".

No hay que intentar situar a este poeta dentro de las escuelas o tendencias literarias comunmente conocidas. Este afán clasificador, tan del uso y gusto de algunos críticos —verdaderos archiveros de la literatura—, es siempre arbitrario y caprichoso, sobre todo cuando se trata de personalidades impares, de obras de singular aliento, que no tienen ni podrían tener lugar adecuado en los acostumbrados "kardex" de encasillamiento estético. Por eso no vamos a tratar de buscarle la "ficha" precisa a este poeta extrafísico, tan desconectado de la realidad ambiente, en cuya poesía casi no podría encontrarse un elemento de categoría objetiva, tan ensimismado es, tan vuelto hacia sí mismo, hacia sus anímicas interioridades, tal como los revela en sus "Nocturnos". Pero en un intento al menos de enclavarlo en nuestra historia literaria, habría que situarlo ante todo cronológicamente en la poesía colombiana. En tal sentido pertenece, como Porfirio, a la llamada "generación del centenario", que en el campo poético ha dado valores orientados todos hacia los puntos cardinales de la literatura. Y que, en cierto modo, fue una generación de transición, con

Digitalizado por la Biblioteca Luis Ángel Arango del Banco de la República, Colombia.

el corazón arraigadamente asentado en el romanticismo y con la mente deslumbrada por los fulgores modernistas y las coloridas sonoridades de Darío. Y en Leopoldo de la Rosa hay, por eso mismo, de todo esto, como en Porfirio. Pero decantado, traído a justo sitio. Pues, como en el gran antioqueño, también el genio poético de Leopoldo sabe meter en cintura a los elementos extraños, a las influencias raizales, para darle cauce solo a lo que es ante todo producto hondo y puro de su personalidad. Y de ahí su autenticidad.

Lo que en este poeta es así íntima y propiamente suyo, no admite pues esa clase de recursos encasilladores. Habría que acudir —en el empeño de esbozar una definición de su poesía— a nuevas expresiones, a designaciones no acostumbradas por lo general, que en este y otros campos son de uso necesario cuando se está ante nuevos fenómenos, o ante ciertas circunstancias muy peculiares de una obra o persona. En el caso de Leopoldo —sin que sea del todo nuevo y "sui generis"— se pone de presente una poesía tan subjetiva, de un lirismo tan recóndito e interior, despojado de toda emoción que no sea la espiritual, y de toda acción que no tenga al alma por solo y principal protagonista, que muy tentados estaríamos de llamarla "mística". Especialmente en sus "Nocturnos" —sobre todo en los marcados con los números XII, XIII, XIV, XV y XVI— tales características de semi-misticismo formal se acentúan tanto, que en el XII —y principalmente en su estrofa inicial— podríamos entrever quizá algo de aquella misma delicadeza y suave vocabulario, de aquella misma rima sencilla y tranquilo ritmo que usara San Juan de la Cruz en sus "Canciones del Alma". En efecto, dice allí Leopoldo:

"Alma que vas buscando tu soledad perdida,
tu propia sombra interna, tu fuente inconocida;
alma por el temblor del mundo zahareña:
desciende de tu torre, baja a tu cripta y sueña".

Y es que, en verdad, esta poesía de Leopoldo de la Rosa es tan seráfica y célica —en contraposición al demonismo porfiriano— que solo en términos de espíritu, en función propiamente espiritual, podría designársela. Porque es tal su pureza íntima, hasta tal punto solo hay en ella elementos de una tenue levedad aérea, que el amor —ese tema vitalmente pagano de la poesía— encuentra allí su prístina manifestación, su alto simbolismo petrarquiano en aquel poema de "La Amiga", donde su poesía alcanza sin duda sus más apacibles y celestiales territorios. Allí el objeto amoroso, la mujer amada, no es aquella "Dama de los cabellos ardientes" de Porfirio, sino una ideal imagen, una Laura, una Beatriz sin anterior encarnación humana, que el poeta invoca y define así:

"¡Oh Psique! ¡Psique! vaga criatura,
solo de eternidad reminiscente
en el ignoto ser: ¡flor de la hondura!"

Para denominar una poesía de tal calidad, qué otra palabra emplear, pues, sino la propia expresión que diga del espíritu mismo? Guillermo de Torre, para designar la risueña obra literaria de Katherine Mansfield, no halló —según su propio decir— expresión mejor que aquella de "'realismo poético" que al respecto usara en su prólogo a los cuentos de "En la bahía".

Digitalizado por la Biblioteca Luis Ángel Arango del Banco de la República, Colombia.

Asimismo, tampoco nosotros encontraríamos para aludir a la poesía de Leopoldo, otra más justa que la antítesis de la usada por el crítico español. Algo así como una especie de "espiritualismo poético", de un lírico trato del alma, donde solo las potencias psíquicas tienen su cabal realización. En efecto, qué hay en la poesía de Leopoldo que no sea puro tema del alma, absoluta calidad del espíritu? En sus "Nocturnos", sobre todo en aquellos de más digna concepción lírica, el poeta discurre y divaga con su alma. Y solo ella le arranca sus más felices instantes poéticos. Por eso, porque tan solo el alma provoca en este poeta la plena entidad del canto, todo su auténtico acento, es que los "Nocturnos" constituyen la parte sin duda más significativa de su obra. Es allí donde hay que ir a buscar lo más valioso y personal de Leopoldo de la Rosa. Es en esos treinta poemas donde está la cifra y raíz de su poética. Desde eso que bien puede denominarse "espiritualismo poético", hasta aquella otra peculiaridad suya que expresa una tremenda oposición, un pavoroso conflicto entre el alma y el corazón.

En efecto, la dualidad pascaliana entre el corazón y lo racional, se realiza en Leopoldo en términos de una irreconciliable discordia entre el espíritu, o el alma y el corazón. Esta lucha entre lo cordial y lo anímico, que se manifiesta en algunos de sus "Nocturnos", no es a nuestro sentir otra cosa que la expresión poética de agudos conflictos interiores que el poeta tuvo que sostener y padecer en una época definitiva de su vida. El hombre, en tal momento, debió verse forzado a decidirse por uno de dos derroteros ineludibles: el pronunciamiento hacia la realidad de lo vital, hacia la cordial, o el resolverse por algo menos contingente, más supremamente duradero, por lo espiritual. Disyuntiva que de seguro tuvo mucho que ver con dolorosos instantes sentimentales de su existencia que —según hemos podido enterarnos— no tuvieron la solución que su corazón anhelara. De esa encrucijada conflictiva no salió el hombre muy bien librado. Aunque, como todo lo doloroso, fue para él de una fertilidad poética evidente. Por eso la única amargura que hay en su poesía —que es ante todo elegíaca, no obstante ciertos asomos jubilosos—, la que acendra en sus "Nocturnos" V, VI, VII, VIII y XIX, es quizá producto de ese ingrato momento de su vida. Porque, por lo demás, de esa lucha a muerte entre su corazón y su alma solo esta surgió como la gran triunfadora. Pero quedó allí, como señal inequívoca de la interior controversia, esa parte de su obra donde el poeta sitúa la suprema antítesis que, a su vez, se resuelve muy dialécticamente en la gran síntesis de su poesía. Véase, al respecto, cómo define Leopoldo a la una y al otro en su poesía.

Hablando del alma, dice en el "Nocturno XXVI":

"Alma, clara y ferviente,
alma mía:
ufana estás en tu sereno día
y entre todas las cosas eminente.
Más alta aún que el cedro florecido,
tu excelsitud más que una cumbre empinas,
y de tu cumbre el pensamiento ardido,
baja a la tierra en flores ambarinas".

Digitalizado por la Biblioteca Luis Ángel Arango del Banco de la República, Colombia.

Y así, en ese mismo tono de imponderable elogio, prosigue su más expresivo himno espiritual.

En cambio, de su corazón hace aquella desapacible radiografía onírica de su "Nocturno XIV":

"Y desperté. Y he aquí que yo dormía
dentro de una caverna.
Y era aquella caverna quizá una negra cuna,
quizá tumba letárgica y umbría.
Nada la vista pudo
tocar entre la fosca, pávida sombra bruna.
Clamé... ¡Mi grito fue canción!
Palpé hielo en mis carnes, y me sentí desnudo.
Era aquella caverna la de mi corazón".

Después del tema primordial que es el alma en la poesía de Leopoldo de la Rosa, no podía faltar un elemento que habla de la costanera procedencia del poeta. El mar, que es un factor estético siempre presente en la poesía colombiana —aún en aquellos poetas que hasta hace poco no habían visto el mar, como León de Greiff— está en Leopoldo como insistente motivo de su poesía no esencialmente espiritual. Y tan así lo comprendió él mismo, que hizo preceder la edición de sus "Poemas" —por especial deseo suyo— de la tan hermosa y conocida "Canción del mar", que es como el símbolo lírico de su obra. Allí se dice "el cantor de una canción sombría —que un ronco océano me enseñó a cantar". Y allí habla de aquel "celeste amor", el solo y único amor de su vida, y ansía de nuevo lo que ya por siempre dejó de ser para él:

"Dadme de nuevo aquella sed divina,
mi rota nave y mi canción marina,
mi tempestad y mi celeste amor".

Y aún en sus "Nocturnos" —su reducto espiritual— dedica un poema (Nocturno IX) a situar su alma ante el mar, a hermanar y conciliar esos dos elementos, tan disímiles y tan cercanos por su compartida capacidad tormentosa. Allí su alma, que es como un mar, invoca a ese mismo mar que "sin paz su ritmo ronco-desploma eterno por las ribas luengas". En este su único "Nocturno" marino, el poeta encierra y sintetiza su emoción ante el "gran manto lírico" del océano, en aquellos versos finales del poema:

"Oh mar, tus horizontes, tus espumas,
tus cadáveres huérfanos y errantes...".

Y otra vez está el mar en dos de sus "Canciones", que es la parte luminosa y cristalina de sus "Poemas". En la intitulada "Viajar" —que es

Digitalizado por la Biblioteca Luis Ángel Arango del Banco de la República, Colombia.

la canción de sus anhelos marinos y errantes—, y en aquella delicada "Canción olvidada", donde hay una dulce niña morena, "que viene a cantar—tan cerca de un lúgubre mar!".

He ahí, pues, algunos aspectos de este poeta espiritual y marino, cuya categoría lírica alcanza a asomar destacadamente por encima de tantos valores consagrados de nuestro superpoblado Parnaso. De quien fue en la vida y en la poesía algo así como una variante seráfica, una versión arcangélica, de aquel que fuera su amigo y compañero de tantos años: Porfirio Barba-Jacob. Tal vez Leopoldo no alcanzó las alturas cimeras que agitara con su estro demoníaco el bardo de Santa Rosa de Osos. No hay en él esas misteriosas pavideces, esas humanísimas angustias y lobregueces que han hecho de la poesía de Porfirio algo situado "más allá del bien y del mal", algo que limita con los difíciles territorios de la suma creación estética. Pero, con distinto tono y diferente acento, expresó poéticamente muchas cosas que el propio Porfirio hubiera suscrito complacido. E incluso alcanzó a superarlo en limpidez lírica, en esa clarividencia de lo poético sustancial que se observa en algunos de sus "Nocturnos". Por eso es necesario reconocer en Leopoldo de la Rosa —alto, triste y enteco como aquel caballero de su "Balada de ensueño"— un poeta, no por ignorado, menos digno de llevar maestramente la vocería lírica de Colombia en América.

Digitalizado por la Biblioteca Luis Ángel Arango del Banco de la República, Colombia.